

# LOS FIELES LAICOS Y LA TRILOGÍA «PROFETA-REY-SACERDOTE»

**Ramiro Pellitero**

La función de los laicos en la Iglesia y en el mundo ha sido explicada desde el Concilio Vaticano II en relación con los tres *munera* de Cristo: sacerdotal, profético y real o regio. Esta «trilogía» está mostrando su fecundidad te-

, citation and similar papers at [core.ac.uk](https://core.ac.uk)

provi

Por otra parte, tanto la Constitución dogmática *Lumen gentium* como después la Exhortación *Christifideles laici* «caracterizan» la vocación y misión laicales por la *índole secular*.

Nuestro propósito es mostrar cómo se relaciona la *índole secular* de los fieles laicos con su participación en las denominados oficios o funciones de Cristo. Estas tres funciones, si bien no agotan las perspectivas de la teología del laicado, tienen un papel comprobado en lo que podríamos llamar pedagogía de la reflexión teológica cristiana, siguiendo las huellas de la misma pedagogía divina.

En efecto, la trilogía «profeta-rey-sacerdote» representa cómo la misión de Cristo se participa en el Pueblo mesiánico (LG 9) y en cada cristiano. Que esa trilogía pueda aplicarse a los fieles laicos *en cuanto tales*, viene a ser una prueba teológica y existencial de su propia vocación y misión. Expresada de otra manera, la tesis que adelantamos ya desde ahora es la siguiente: *la índole secular, en cuanto característica de la vocación y misión de los laicos, informa y cualifica su participación en la misión de la Iglesia*. Su secularidad no es una propiedad exterior a su fe, a su vida espiritual y sacramental, y al servicio cristiano (profetismo, sacerdocio y realeza); es *interior* a cada una de esas dimensiones de la existencia y de la tarea cristiana en el mundo, como el amor al mundo salido de las manos del Padre, era, en Cristo, una unidad con el amor hacia Aquél del que había recibido la misión salvadora.

Para los fieles laicos, comprender y vivir su secularidad *desde dentro* de su vocación y misión cristiana es condición de coherencia y eficacia, con vistas a su tarea en la Iglesia y en el mundo. Para todos, en la Iglesia, es irrenunciable la formación de los laicos con vistas a su tarea, pues la creación entera gime en ansias de que los hijos de Dios se manifiesten como tales (cfr. Rom 8, 19ss.).

El presente trabajo tiene dos partes. En la primera se ofrece una panorámica histórica de los tres oficios de Cristo, de la Iglesia y del cristiano, a través de la Escritura, la vida de la Iglesia y la reflexión teológica. En la segunda parte se aborda la relación entre la índole secular y el «triple *munus*»; después de mostrar las posiciones de Yves Congar y Gérard Philips, se estudian dos textos fundamentales en este tema: *Lumen gentium*, 31 y *Christifideles laici*, 15<sup>1</sup>.

## I. LOS TRES «OFICIOS» DE CRISTO, DE LA IGLESIA Y DEL CRISTIANO

En el capítulo IV de la Constitución dogmática *Lumen gentium* se utiliza el esquema de las tres «funciones» o *munera* de Cristo (sacerdotal, profético y real) para desarrollar la participación de los laicos en la misión de la Iglesia.

El significado de esa «trilogía», aplicada primeramente a Cristo (Profeta, Rey y Sacerdote), y derivadamente a la Iglesia y al cristiano, se ha puesto frecuentemente de relieve en la teología<sup>2</sup>. Veamos, de modo sintético, los fundamentos del tema en la Escritura y lo que sobre él tratan los Padres de la Iglesia.

1. Es bien conocido que el Profesor José Luis Illanes participó como perito teólogo en el sínodo de los Obispos de 1987, sínodo que planteó la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II. Nuestro estudio quiere honrar la parte de su trabajo que ha tenido relación con este tema. Entre los escritos del prof. Illanes, señalamos como bibliografía de referencia: J. L. ILLANES, *Misión laical, mundo, santidad*, en «Anthropos» 1 (1986) 21-32; *La secularidad como elemento especificador de la condición laical*, en AA.VV., *Vocación y misión del laico en la Iglesia y en el mundo* (Teología del Sacerdocio, XX), Burgos 1987, 277-300; *Llamada a la santidad y radicalismo cristiano*, en AA.VV., *La misión del laico en la Iglesia y en el mundo* (Actas del VIII Simposio de Teología, Universidad de Navarra), Pamplona 1987, 803-824; *La discusión teológica sobre la noción de laico*, en «Scripta Theologica» 22 (1990) 771-789; *Laicado y sacerdocio* Pamplona 2001.

2. Seleccionamos estudios significativos: Y. CONGAR, *Jalons pour une théologie du laïc*, Paris 1953; G. PHILIPS, *Le rôle du laïc dans l'Église*, Paris 1954; J. FUCHS, *Origines d'une Trilogie ecclésiologique à l'époque rationaliste de la Théologie*, en «Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques» 53 (1969) 185-211; J. ALFARO, *Las funciones salvíficas de Cristo como revelador, Señor y sacerdote*, en *Mysterium Salutis* III/1, Madrid 1971, 671-756; G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, vol. II, Barcelona 1969, 22-32, 45-62; L. SCHICK, *Das dreifache Amt Christi und der Kirche. Zur Entstehung und Entwicklung der Trilogien*, Bern 1982; K. WOJTYŁA, *Análisis de la actitud de participación*, en *La renovación en sus fuentes*, Madrid 1982, 177-217; Y. CONGAR, *Sur la trilogie Prophète-Roi-Prêtre*, en «Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques» 67 (1983) 97-115; F. OCÁRIZ, *La partecipazione dei laici alla missione della Chiesa*, en «Annali Teologici» 1 (1987) 7-26; R. PELLITERO, *Participación de los laicos en las funciones mesiánicas*, en ID., *La teología del laicado en la obra de Yves Congar*, Pamplona 1996, 189-208; D. BOURGEOIS, *Dimensiones pastorales del sacerdocio bautismal de los fieles: pueblo profético, real y sacerdotal*, en ID., *La pastoral de la Iglesia*, Valencia 2000, 171-304.

## 1. *La trilogía en la Escritura y los Padres de la Iglesia*

Aunque no faltan quienes le han restado valor, aduciendo que en la Biblia se presentan muchos otros títulos cristológicos igualmente válidos para comprender y describir la existencia cristiana<sup>3</sup>, Congar ha destacado esa trilogía en su interés por perfilar lo que él considera como «las estructuras por las cuales Dios persigue la construcción de su pueblo», «el tipo de intervenciones por las cuales Dios realiza su autorrevelación (y) autocomunicación, con un propósito de salvación»; siendo «al mismo tiempo homogéneas y desiguales en su sucesión», esas intervenciones «engloban al antiguo Israel, a Cristo y a la Iglesia (los ministerios, los cristianos)»<sup>4</sup>.

En el Antiguo Testamento el Pueblo de Dios aparece, en efecto, edificado por el ministerio de los profetas, de los reyes y de los sacerdotes<sup>5</sup>. Ellos son los que primero han prevaricado<sup>6</sup>, y sobre ellos cayó primeramente el juicio de Dios<sup>7</sup>. Los estudios sobre estas funciones veterotestamentarias revelan una tendencia a unir esas tres mediaciones. Ciertamente, escribe Congar, el Antiguo Testamento conoce otras funciones importantes en el Pueblo de Dios (jueces, ancianos, escribas, etc.); pero estas tres son típicas, y sobre todo tienen el privilegio de haber sido objeto de una *unción*<sup>8</sup>, que se aplica sobre todo al Mesías<sup>9</sup> (o Cristo, que en griego significa ungido). Y es que Cristo reúne en sí las funciones para las que existía unción. «Se trata de actividades puestas por Dios en su pueblo para que exista y viva según esta cualidad»<sup>10</sup> (ungido).

Entre los Padres que se ocupan de la trilogía aplicada a Cristo, sobresalen San Hilario, San Jerónimo —en sus comentarios al Salmo 132— y San Agustín. En la liturgia cristiana aparecen referencias en las oraciones de consagración del aceite, los ritos del bautismo y eventualmente de la confirmación, y los de la ordenación de sacerdotes y obispos.

3. Por ejemplo, H. Kramer, R. Voeltzel, y W. Pannenberg —los tres teólogos reformados contemporáneos— criticaron, respectivamente, la aplicación de los «tres oficios» a los laicos, a la Iglesia y a Cristo mismo.

4. Cfr. Y. CONGAR, *Sur la trilogie...*, 97, 103.

5. Cfr. Dt 17, 14-20; 18, 1-21. Para la unción de los reyes, *vid.* 1 S 9, 16; 10, 1; 16, 1. 12s; 1 R 1, 39. Para los sacerdotes, cfr. Ex 29, 7; Lv 8, 12. Para los profetas (de modo excepcional), 1 R 19, 16.

6. Cfr. Jr 2, 8; Mi 3, 11.

7. Cfr. Ez 7, 26s; Ne 3, 11.

8. Para los sacerdotes: Ex 29, 7; Lv 8, 10. Los reyes: 1 S 10, 1; 16, 12ss. Los profetas: Si 48, 8; 1 R 19, 16.

9. Unción del Mesías: cfr. Is 11, 2; 61, 1; Lc 4, 16-21.

10. Y. CONGAR, a.c., 98. La teología toma esa trilogía en un sentido amplio, fijándose en la sustancia de las tres funciones más allá de los títulos literalmente expresados (*vid.* Mt 28, 19s, Jn 14, 6, etc.).

## 2. Las tres funciones o «munera», a partir de la época medieval

En la Edad Media se alude a esas funciones, no sólo en la teología<sup>11</sup> sino también en las representaciones artísticas. Alberto Magno y Tomás de Aquino contribuyen a su tipificación. Éste último, desde el principio de su obra, otorga un lugar especial a los tres oficios de Cristo<sup>12</sup>. Entre los reformados, se reconoce a Calvino el haber hecho de los tres oficios el marco de su soteriología<sup>13</sup>. En la época de Trento, gracias al redescubrimiento del término «Cristo», la trilogía aparece copiosamente entre los teólogos católicos, comenzando por el Concilio mismo<sup>14</sup>.

Al principio del siglo XIX, la teología católica utiliza las tres funciones para distribuir las tareas en la Iglesia, identificadas frecuentemente con las de la Jerarquía. Ese modo de ver se extendió por otros dos factores: los catecismos<sup>15</sup> y el desarrollo de la Teología pastoral como disciplina universitaria autónoma. Entre los muchos teólogos que en el s. XIX y XX contribuyen a la recepción de la trilogía, destaca, en su aplicación a Cristo y a los cristianos, la figura de Newman<sup>16</sup>. En cuanto a la referencia eclesiológica, aparece en los esquemas preparatorios del Vaticano I, la encíclica *Satis cognitum*, de León XIII (1896), y las encíclicas de Pío XII, *Mystici corporis* (1943) y *Mediator Dei* (1947)<sup>17</sup>.

En el Concilio Vaticano II, que considera la Iglesia y su misión respecto al mundo, el esquema de los tres «oficios» se ve desde Cristo. Pero su visión engloba tanto la aplicación cristológica, como la antropológica y la eclesiológica. Por el bautismo se entra en el Pueblo de Dios, que es todo él profético, sacerdotal y real. Existe en la Iglesia una doble participación en los *munera* como miembros del Cuerpo de Cristo (todos los cristianos); como representantes de Cristo-Cabeza (los ministros sagrados), que están para servir a sus hermanos mediante la potestad sagrada o espiritual (cfr. LG 18)<sup>18</sup>.

11. Algunos autores ponen las tres cualidades del cristiano en relación con los caracteres sacramentales. Tal es el caso de Alejandro de Hales y, de modo más bien alusivo, S. Buenaventura.

12. Entre otros lugares, aparece en *S. Th* III, q 22 a1 ad 3; q 31 a2 sol (*vid.* también q 7 prol).

13. Antes de Calvino, los estudios mencionan a Osiander (1530) y sobre todo Bucer (1536).

14. Cfr. *Catecismo Romano*, I, cap. 3, 7 (en la ed. crítica de P. RODRÍGUEZ, Roma-Pamplona 1989, 41-43). Sobre los autores que en esa época hablan de estas tres dignidades de Cristo, en razón de su unción, o de los cristianos, *vid.* P. DABIN, *Le sacerdoce royal des fidèles dans la tradition ancienne et moderne*, Bruxelles-Paris 1950. Alfonso Salmeron (†1585) y Gregorio de Valencia (†1603) las consideran también como «oficios» en la Iglesia.

15. En las cuestiones sobre la Iglesia se había hecho clásico que los catecismos distribuyeran la unidad de la Iglesia en tres «vínculos»: simbólico, litúrgico y social o jerárquico. Aquí ve Congar una referencia a las notas de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica (cfr. Y. CONGAR, a.c., 105).

16. *Vid.* J.H. NEWMAN, *Sermon V: The Three Offices of Christ* (1840) en ID., *Sermons Bearing on Subjects of the Day*, London, Oxford and Cambridge 1879, 52-62. *Vid.* también su prólogo en ID., *Via media de la Iglesia Anglicana*, Salamanca 1995 (traducción de la 3ª ed. de 1877), 39-98, particularmente 57ss.

17. En esos textos se reconoce la cooperación de S. Tromp.

18. Cuando se trata de la participación de los fieles en los *munera*, el concilio dice «sacerdote, profeta, rey»; cuando se trata de la participación de los ministros, «doctor, sacerdote, pastor/rey».

Por lo demás, es importante captar la *mutua interioridad* que se da entre esas tres funciones, que tiene un significado diverso según se trate de los fieles cristianos o de los Pastores. Éstos se sitúan al servicio de la misión salvadora de *toda* la Iglesia para el mundo.

«En Cristo primero —señala Congar— y luego en la Iglesia, se realiza una serie de circumincesión: las funciones están una en la otra y se cualifican mutuamente. La *real* es sacerdotal y profética, el profetismo es sacerdotal y real, el sacerdocio es profético y real. Esto es verdadero en todo el Pueblo de Dios. Si se considera en él los “poderes” jerárquicos, se les distinguirá, ciertamente, pero para unirlos en lo que, según la Escritura, se llamará el pastoreo. La unidad de éste es requerida por la unidad de fin a la que se dirige, la participación de los hombres, e incluso del cosmos vinculado al hombre, en la salvación o en la vida divina que vienen de Cristo y del Espíritu Santo para gloria de Dios Padre»<sup>19</sup>.

Según el Concilio Vaticano II, el Pueblo de Dios actualiza la misión y las funciones de Cristo por medio de una pluralidad de ministerios, encargos o servicios. Unos son ministerios en el sentido propio de la tradición teológica católica, en virtud del sacramento del orden y por eso comportan la *sacra potestas*, que se ejerce, por medio de los tres oficios de enseñar, santificar y gobernar. Otros servicios, la mayoría en el Pueblo de Dios, son los que llevan a cabo los fieles laicos, y, en modo diverso, los religiosos.

La conciencia eclesial sobre la participación en la triple función de Cristo, está expresada en estas palabras, tomadas de una homilía de San Josemaría Escrivá:

«El cristiano se sabe insertado en Cristo por el Bautismo; habilitado a luchar por Cristo, por la Confirmación; llamado a obrar en el mundo por la participación en la función real, profética y sacerdotal de Cristo; hecho una sola cosa con Cristo por la Eucaristía, sacramento de la unidad y del amor. Por eso, como Cristo, ha de vivir de cara a los demás hombres, mirando con amor a todos y a cada uno de los que le rodean, y a la humanidad entera»<sup>20</sup>.

En cuanto a la «potestad», observa Congar que los grandes escolásticos distinguen entre *potentia* y *potestas*; *potentia* es simplemente el principio de la acción; la *potestas* (de la Jerarquía) indica una autoridad en una determinada materia, autoridad que tiene su sentido en el servicio. Y añade que el término potencia o potencias evoca las facultades *del alma* (memoria, entendimiento, voluntad), que permiten a la persona vivir y obrar según una cierta forma de vida y de acción. Análogamente, las «*potentiae*» (las tres competencias, facultades o funciones) que se dan en la Iglesia vendrían de la unción del Espíritu Santo, que es como el alma de la Iglesia (cfr. pp. 107s). En suma, cabría decir: las potencias, funciones o *munera* implican los medios necesarios para el cumplimiento de la misión de la Iglesia: para todos los fieles, la fe, los sacramentos y los carismas; para los Pastores, además, la sagrada potestad, que transforma los *munera* en los oficios propios de la Jerarquía (enseñar, santificar, gobernar).

19. Y CONGAR, a.c., 112.

20. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 106.

Ese párrafo subraya la figura del laico que se sabe, por la fe, llamado a ser testigo de Cristo en las realidades seculares, a ofrecer, por medio de la Eucaristía la propia existencia en esas mismas realidades, y a ordenarlas al Reino de Dios sirviendo a todas las personas y a la creación.

## II. LA ÍNDOLE SECULAR Y LA PARTICIPACIÓN EN EL «TRIPLEX MUNUS»

En los años cuarenta, y de nuevo en 1953, en su libro *Jalones para una teología del laicado*, Yves Congar utiliza la trilogía de los *munera Christi* para desarrollar las funciones de los laicos en la Iglesia. Lo mismo hará Gerard Philips en 1954. Éste último, como secretario de la comisión redactora, no sin la colaboración del primero, llevará la trilogía hasta el texto de la *Lumen gentium*.

### 1. *Las perspectivas de Y. Congar y G. Philips*

El tema de las tres funciones del cristiano le interesaba a Congar desde los años treinta<sup>21</sup>. En 1946 pronuncia una conferencia para los capellanes de la *Action catholique ouvrière*. Es un texto que puede considerarse como la primera aportación del ilustre teólogo francés a la teología del laicado, y que contiene un primer esbozo sobre la misión de los laicos según las «cualidades» o «energías» de Cristo<sup>22</sup>. Aparece más desarrollado en «Jalons pour une théologie du laïc» (1953), donde Congar dedica tres capítulos a la participación de los laicos en las funciones mesiánicas<sup>23</sup>.

a) Al estudiar la *función sacerdotal*, señala que para los laicos el sacerdocio dice una referencia esencial tanto a la santidad personal como a la participación en la liturgia, especialmente en el culto eucarístico. En un segundo momento, sistematiza los elementos del sacerdocio común de los fieles, siguiendo a Santo Tomás: ofrenda personal a Dios (santidad), incluyendo el propio cuerpo; responsabilidad de cada uno según su estado<sup>24</sup> (subraya la intercesión por el mundo entero); sacerdocio cristiano de los padres y madres de

21. Como testimonio puede verse una carta que escribió al Pastor calvinista Auguste Lecerf en 1932, en respuesta a una consulta de Congar (vid. Y. CONGAR, a.c., *apêndice*).

22. Y. CONGAR, *Sacerdoce et laïc dans l'Église*, en «La Vie Intellectuelle» 12 (1946) 6-39, texto reproducido en «Masses Ouvrières» XVIII (1946) 19-56. Vid. en nuestro estudio, *La teología del laicado...*, o.c., 87ss.

23. Concretamente los capítulos cuarto, quinto y sexto. Vid. R. PELLITERO, *La teología del laicado...*, o.c., 189ss. Es interesante también un texto de 1959, de carácter ecuménico, que relaciona el triple *munus* de Cristo con la sacramentalidad de la Iglesia (cfr. *ibid.* 293ss.).

24. A este propósito señala Congar en *Jalons*: «Las tres grandes funciones que la Iglesia participa de Cristo tienen un punto de aplicación más amplio en su estado de *cualificación o de forma de vida* que en su estado de «poderes» jerárquicos» (*Jalons* 1954, 259).

familia; sentido de la vida religiosa, de la confesión de la fe y el martirio, y también del sacramento de la confirmación; el sacerdocio de los fieles en cuanto se inserta, en la misa, en el sacrificio de Cristo y de la Iglesia; el sacerdocio de los fieles en cuanto «pléroma» del Obispo, y capacidad para participar activamente en los sacramentos. El autor hace hincapié en que el sacerdocio de los fieles, sobre todo de los laicos, se ejercita sustancialmente en las realidades terrenas y no en el presbiterio del templo.

b) En relación con la *función regia*, señala que puede ser ejercida como forma de vida (lo más propio de los laicos) y también como «poder».

En el primer caso, se trata de la realeza espiritual sobre el pecado, en conexión con la libertad espiritual sobre el mundo. Esta libertad espiritual tiene dos vertientes: 1) como compromiso (*engagement*) de cooperación en el establecimiento del reinado de Dios en la historia (aunque la realeza espiritual tiene un carácter escatológico, en la historia se adelanta el Reino de dos formas: en la vida cristiana ordinaria, como colaboración con la creación y la redención; en los carismas y milagros); 2) como renuncia o rechazo de lo pecaminoso que hay en el mundo. Por razón de su compromiso con Dios, los laicos subrayan su servicio al mundo, con el que ejercitan su realeza espiritual, buscando la santidad a través de las estructuras seculares (en contraste, explica Congar, con los religiosos, que testimonian la situación escatológica en contraste con las realidades temporales).

Pe ro los laicos pueden también participar de la realeza de Cristo como «poder», en relación con el gobierno de la Iglesia: en la elección y provisión de cargos eclesiásticos, por su presencia en los concilios, representando lo profano ante lo eclesiástico, contribuyendo mediante la costumbre y la iniciativa a la regulación de la vida de la Iglesia, y participando en las tareas administrativas y judiciales.

c) Finalmente, los laicos participan en la *función profética* de Cristo. Ante todo, como fieles cristianos, esclarecidos y activos en el conocimiento recibido de la palabra apostólica y regulada por la autoridad apostólica, es decir, en la medida de su interiorización de la verdad salvadora y en conexión con el *sensus fidelium*. Pueden ejercer funciones de enseñanza *ex officio* —a través de una misión canónica—, incluso en la teología. Pe ro sobre todo el papel de los laicos está en el ámbito de la exhortación o del *apostolado*, a través del testimonio (palabra y ejemplo) y de la cultura, y normalmente a título personal: «Cada uno ha sido colocado en un punto y en un momento del mundo, en una “situación” singular, por la que su responsabilidad cristiana y apostólica se encuentra especificada»<sup>25</sup>.

Por lo que respecta a Gérard Philips, su libro *Le rôle du laïcat dans l'Église* (1954) se sitúa en el contexto del misterio de la Iglesia. En su interior se

25. *Ibid.*, 422.

describe la figura del laico, cualificado por la solicitud «católica» o universal, el espíritu de iniciativa y el «sentido jerárquico», libremente aceptado<sup>26</sup>. Tras manifestar su preocupación por comprender la actuación temporal de los laicos como acción que puede ser plenamente cristiana, Philips subraya tres campos de actuación de los laicos<sup>27</sup>:

a) «El laico y el poder de orden»: aquí desarrolla el «sacerdocio universal de los fieles» siguiendo de cerca la encíclica *Mediator Dei* (1947), de Pío XII, explica los logros del movimiento litúrgico, y lo que titula el «santuario familiar» (los fundamentos de una espiritualidad del matrimonio).

b) «El laicado ante el Magisterio»: es el capítulo donde expone la participación en la función profética. Después de presentar el sentido de la infalibilidad del Romano Pontífice, se expone sobre el testimonio de los laicos, tanto en relación con su vida como con su fe (doctrina, culto, piedad); finalmente, hace hincapié en la formación de los laicos y su colaboración con la Jerarquía, por ejemplo en la catequesis.

c) «El laico y el gobierno de la Iglesia», epígrafe de la sección correspondiente a la función real. En ella, Philips sitúa a los laicos del lado de la «vida» frente a la «estructura» (jerárquica), siguiendo a Congar<sup>28</sup>. Trata luego sobre el sentido de las reformas en la Iglesia, y a continuación matiza algunas cuestiones sobre el método de «encarnación»<sup>29</sup>, que se había utilizado en ambientes de Acción Católica francesa. En los dos últimos apartados defiende una legítima laicidad —donde se respete lo cristiano sin confusión con lo clerical— y la responsabilidad de los laicos en la edificación de la ciudad temporal, con el servicio espiritual de los sacerdotes.

Tales eran los planteamientos de estos dos autores en sus obras respectivas. Para nuestro tema son también de particular interés las observaciones de G. Philips a *Lumen gentium*; las tendremos presentes en el próximo apartado, donde nos proponemos mostrar algo de la riqueza de ese texto conciliar.

26. Philips tiene en mente sobre todo los laicos asociados en la Acción Católica.

27. Corresponden también, en curiosa coincidencia con *Jalons*, a los capítulos cuarto, quinto y sexto del libro. Esta coincidencia no es aislada, pues el estudio de Philips tiene un índice muy similar al de Congar.

28. *Vid.* en nuestro trabajo *La teología del laicado...*, o.c., 427ss.

29. Dicho método consistía básicamente en penetrar en el seno de las masas proletarias des-cristianizadas para llevar el Evangelio. Algunos se oponían a este método, en la época que escribe Philips, y preferían la «desencarnación» (influencia por medio de una inspiración más bien espiritual). En cualquier caso, dice el autor, lo que más importa es una fe viva. Señala, por otra parte, los peligros de las agrupaciones confesionales.



## 2. *La triple función de los laicos en el marco de su propia vocación y misión*

Para comenzar, conviene notar que cuando la *Lumen gentium* emplea el esquema de los *munera* de Cristo para explicar la participación de los laicos en la misión de la Iglesia, no se trata de una cualificación más entre otras muchas que podrían tener los laicos, sino que esas funciones se señalan precisamente cuando se quiere ofrecer una descripción *positiva* y, al menos potencialmente, teológica, de los fieles laicos, fundamental para captar su vocación y su misión. Durante muchos siglos los laicos habían sido objeto de una consideración fundamentalmente pasiva por parte de la teología y también en la vida eclesial. Ahora se trataba nada menos que de comprender la figura del laico *plenamente* en el interior de la Iglesia, situándolo en el corazón de la Constitución dogmática, que decía lo que *es* la Iglesia, como fundamento de su misión en el mundo.

Ese modo de proceder está introducido por el número 31 de *Lumen gentium*, que afirma lo siguiente: los laicos son «los fieles cristianos que, por estar incorporados a Cristo mediante el bautismo, constituidos en Pueblo de Dios y hechos partícipes a su manera (*suo modo*) de la función sacerdotal, profética y real de Jesucristo, ejercen, por su parte (*pro parte sua*) la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo».

Cabe notar ante todo los pasos lógicos de esa descripción, si se quiere llamarla así: a) los laicos son fieles cristianos; b) están, por tanto, incorporados a Cristo mediante el bautismo y constituidos en Pueblo de Dios; c) como todos los miembros de Cristo y del Pueblo de Dios, participan de las «funciones» de Cristo, y las ejercen en la Iglesia y en el mundo; d) esa participación tiene en ellos un modo especial, singular, propio: *suo modo*; e) ese modo de participar en los *munera Christi* determina la parte que les corresponde en la misión de todo el pueblo cristiano: *pro parte sua*. Parece superfluo señalar que el texto *no* permite compartimentar la misión de la Iglesia de manera que unos cristianos (los clérigos y los religiosos) la ejercerían en la Iglesia, o «hacia dentro», y otros (los laicos), en el mundo o «hacia fuera».

El segundo párrafo de la Constitución dogmática afirma: «Laicis indoles saecularis propria et peculiaris est»: el carácter secular es propio y peculiar de los laicos<sup>30</sup>. Esta afirmación orienta hacia la identidad o naturaleza (índole) distintiva de los fieles laicos respecto a los «otros» cristianos. Si el párrafo anterior del documento se abría a la idea de que es *toda* la Iglesia la que tiene una misión respecto al mundo, en el postconcilio se planteará la relación entre la

30. A continuación expresa la relación que los ministros sagrados tiene respecto a los asuntos seculares (su relación con ellos depende de su ordenación *ad sacrum ministerium*), y, por otra parte, la que tienen los religiosos (por su estado, dan testimonio de que el mundo no puede ser transfigurado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas).

*índole secular*, como propia y peculiar de los laicos, y la relación que toda la Iglesia tiene con el mundo, que se denominará *dimensión secular*.

Pero sigamos con el texto de *Lumen gentium*, 31. Viene a continuación lo que el relator, Mons. Wright, denominó «descripción tipológica» de los laicos, y que algunos interpretaron como si no tuviera relevancia teológica. Para un lector familiarizado con los avatares de la espiritualidad laical y la teología del laicado, el análisis del texto no ofrece dudas en cuanto a su horizonte teológico<sup>31</sup>.

Con todo, no es eso lo que más nos interesa ahora. Más bien cabe subrayar cuatro aspectos del texto que, a nuestro juicio, deben considerarse como criterios hermenéuticos para su comprensión:

a) El fundamento de la exposición es la condición común de los bautizados, que les hace participar de los tres *munera* de Cristo, tal como los participa ante todo el Pueblo de Dios, *la Iglesia entera*, como tal (cfr. LG 10ss.)<sup>32</sup>.

b) La afirmación con que se abre el párrafo —«el carácter secular es propio y peculiar de los laicos»— no se abandona luego, como si fuera una mera abstracción de la realidad, sino que impregna y determina la «descripción» de la vocación y misión laicales.

c) El documento describe la misión laical abordando los tres *munera* de Cristo y por este orden: *munus* real o de realeza, *munus* sacerdotal y *munus* profético (posteriormente adoptará un orden diverso: sacerdotal, profético y real). Esas tres «funciones» son inseparables una de otra<sup>33</sup>.

d) La índole secular de los laicos indica el modo propio y peculiar en que los laicos participan de *cada una* de las funciones mesiánicas y el modo en que se relacionan *conjuntamente*, cuando se consideran en la existencia cristiana laical.

Veámoslo sobre el texto mismo:

1. En primer lugar: «A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales»<sup>34</sup>.

31. Así lo pondrá de relieve la Exhortación *Christifideles laici*, 15 (ver más adelante).

32. El *Catecismo de la Iglesia Católica* lo dice así: «Todo el Pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene la responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas» (n. 783). Sobre la función sacerdotal, remite a LG 10; sobre la profética, LG 12; sobre la real, se refiere a Jn 12, 3 Mt 20, 28, LG 36 y 8; se desarrolla, ésta última función, sobre la idea de la vocación cristiana como servicio particularmente a los pobres y a los que sufren. JUAN PABLO II ha tratado el tema, en clave eclesiológica y antropológica, en *Redemptor hominis*, nn. 18-21; anteriormente, y bajo la perspectiva de las «actitudes», *vid.* K. WOJTYŁA, *La renovación en sus fuentes*, texto ya citado en nota 2.

33. Hasta el punto que cabría hablar de un *único* «triplex munus» de Cristo (profético, cultural, real), presidido por la participación en el sacerdocio de Cristo, que se da en la Iglesia en dos formas: sacerdocio común (todos los cristianos), sacerdocio ministerial (ministros sagrados); ambas formas son distintas *essentia et non gradu tantum* (LG 10).

34. «Laicorum est, ex vocatione propria, res temporales gerendo et secundum Deum ordinando, regnum Dei quaerere» (LG 31b). Desde antes del Concilio se había hecho notar que la fun-

En opinión de Gerard Philips esta frase «es la más importante de todo el capítulo y constituye como su clave de bóveda»<sup>35</sup>.

En realidad la frase en sí podría afirmarse de todos los cristianos, no sólo de los laicos. ¿Por qué, entonces se dice «por propia vocación» (*ex vocatione propria*)? ¿Qué es lo propio de los laicos en esta *función de realeza* que participan de Cristo a través de la Iglesia? Lo propio, como ya sabemos, es la índole secular. El texto lo expresa a continuación, describiendo el «lugar» en que habitualmente viven los laicos (el siglo, las realidades seculares). Ahí precisamente están «llamados por Dios» (vocación) a cumplir su propio cometido (misión), y lo llevan a cabo «guiándose por el espíritu evangélico...». Podemos, convencionalmente si se quiere, interrumpir aquí la descripción de la realeza, puesto que la explicación se abre, sin solución de continuidad, a la función sacerdotal.

2. ¿Qué significa «guiarse por el espíritu evangélico»? Con ello se alude a las disposiciones cristianas que dimanen de Cristo mismo, a través del Espíritu Santo. De nuevo podría objetarse que esto es común a todos los cristianos. Pero el documento dice algo más: en el caso de los laicos, lo propio y peculiar suyo es «guiarse por el espíritu evangélico, *de modo que*, igual que la levadura, contribuyan *como desde dentro* a la santificación del mundo...»<sup>36</sup>. Esta frase subraya cómo la índole secular modaliza la *función sacerdotal* de esos cristianos que se denominan cristianos laicos. Por santificación del mundo no puede entenderse otra cosa que santificar el mundo mismo, la realidad material de la creación, y esto sólo puede ser realizado en unión con la redención obrada por Cristo como ejercicio de su sacerdocio. Todos los cristianos contribuyen, por su sacerdocio común, a la redención del mundo. Los laicos lo hacen como desde dentro del mundo mismo, precisamente por su índole secular.

3. La participación en la función profética se describe, a continuación, en unidad con el sentido global del texto<sup>37</sup>: «Y de este modo [contribuyendo a la santificación del mundo como desde dentro, también] descubran a Cristo a

ción «real» se refiere tanto a la realeza como a la realidad (*res*) de las cosas, pues a los laicos corresponde gestionar y ordenar según Dios las cosas del mundo, la creación que Dios puso en el mundo para que el hombre la desarrollara, la dinámica propia de las realidades terrenas, con su autonomía (relativa) propia.

35. G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio...*, o. c., 29.

36. Vid. R. PELLITERO, *Santificación del mundo y transformación social*, en *El cristiano en el mundo. En el Centenario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá* (XXIII Simposio de Teología Universidad de Navarra, 2002), Pamplona 2003, 273-288.

37. Insistimos en que no se trata de una yuxtaposición de funciones. Esto queda claro en el texto mismo: realeza, sacerdocio y profetismo no son actividades que se comprendan según una descripción meramente sucesiva, sino que son interiores una a la otra: mientras buscan el reino de Dios a través de las cosas temporales, los laicos están con ello mismo santificando el mundo y testimoniando a Cristo.

los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, con la fe, esperanza y caridad». Dar testimonio, iluminar la realidad, en efecto, es propio de todo cristiano, en cuanto partícipe de la *función profética* de Cristo y de la Iglesia. Pero, una vez más, por su índole secular, el testimonio de los laicos supone un «modo peculiar» de iluminar el mundo para que en él se descubra la gloria de Dios. El texto procede a modo de espiral, recogiendo los argumentos anteriores (inserción en las realidades temporales, unión con el «espíritu de Cristo»): «A ellos, por tanto, de modo peculiar, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y Redentor».

Señala Philips: «La expresión *illuminare* fue escogida con toda intención. Si los seglares no respetan los valores temporales o si los menosprecian, no los iluminan: los destruyen. No basta con acompañar el trabajo terreno con una piadosa intención, el trabajo no sería de este modo santificado desde el interior (...) Mas cuando el trabajo se hace con un alma cristiana, entonces se hace transparente y luminoso porque un rayo de la gracia lo atraviesa y le confiere al mismo tiempo brillo y valor de eternidad, sin variar en lo más mínimo su verdad, sin fortificándola»<sup>38</sup>.

*Lumen gentium* se extiende luego sobre la participación de los laicos en cada una de las tres funciones de Cristo, después de subrayar la unidad y la diversidad entre los miembros del Pueblo de Dios y la raíz de su apostolado, como participación en la misión salvífica de la Iglesia<sup>39</sup>. Al ir desarrollando cada una de esas funciones, que ya en el n. 31 estaban expresadas *in nuce*, se siguen los mismos criterios: la índole secular está presente, modalizando, aunque no se la mencione expresamente, cada uno de los *munera*, que son inseparables entre sí<sup>40</sup>.

38. G. PHILIPS, *El misterio de la Iglesia...*, o. c., 31.

39. Cfr. LG 32ss. El exordio del n. 34 —hace notar Philips— indica la estructura de los tres números siguientes: «Queriendo continuar también por medio de los laicos su testimonio y su testimonio [función profética], Cristo Jesús, sumo y eterno sacerdote, los vivifica con su Espíritu [función sacerdotal] y los impulsa sin cesar hacia toda obra buena y perfecta [función de realce o de servicio]».

40. El orden cambia: a) *Munus sacerdotal o cultural*: «Pues todas sus obras, preces y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y de cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en «hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo» (1 Pe 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo» (LG 34).

b) *Munus profético*: «Cristo (...) constituye [a los laicos] en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la palabra (cfr. Act 2, 17-18; Ap 19, 10) para que la virtud del Evangelio brille en la vida cotidiana familiar y social. (...) que no escondan esta esperanza en la interioridad del alma, sino manifiéstela (...) incluso a través de las estructuras de la vida secular. (...) Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo, pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, ad-

Así lo apuntaba Eugenio Corecco en una entrevista de 1987, resumiendo sus análisis publicados en escritos anteriores. De la consideración de los textos conciliares «emerge con claridad que la dimensión de secularidad posee una potencia epistemológica y, en consecuencia, substancial». Prosigue diciendo que sobre todo el estudio de los lugares en que la *Lumen gentium* trata de los *munera Christi*, en cuanto participados por los laicos, evidencia que el Concilio los expone haciendo referencia a la secularidad, y mostrando como esos *munera* se despliegan en el laico de una determinada manera, por razón precisa de la secularidad. «Me parece claro —concluye— que la índole secular, lejos de ser algo circunstancial, constituye un criterio hermenéutico»<sup>41</sup>.

Por lo demás, son sugerentes, como ya apuntábamos, algunas observaciones de Philips acerca de la participación en las funciones de Cristo, tal como debe ser comprendida en el caso de los laicos:

a) Sobre la *función sacerdotal* de los laicos. Después de explicar cómo los laicos ofrecen todas sus obras en la Eucaristía, dice al final el número 34: «Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo». Es el tema de la *consecratio mundi*, término que no se recoge literalmente, entiende Philips, por dos razones: porque también los sacerdotes consagran a Dios las cosas de este mundo, con el rito de la bendición en el contexto eucarístico; porque, según algunos, habría el peligro de interpretar esa «consagración» de los valores seculares como una «sacralización» que les haría perder su esencia y su destino secular<sup>42</sup>. Hoy, en cambio —podríamos añadir por nuestra parte— los laicos han de contrarrestar sobre todo la tendencia a «sacralizar» el mundo y la dinámica temporal —trabajo, progreso, etc.— en otro sentido: convertirlo en un ídolo de una religión sin Dios.

b) Sobre la *función profética*. La esperanza en el Reino de Dios definitivamente no aleja a los laicos de la realidad. Si así fuese, su testimonio no tendría eficacia, mientras que, según el Concilio, ese testimonio actúa directamente a través de las realidades concretas del mundo. El «mensaje» que ese testimonio comunica es el siguiente: «la existencia temporal no encuentra explicación, ni fin, ni satisfacción sino más allá de las fronteras terrenas»<sup>43</sup>.

quiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo» (LG 35).

c) *Munus real o de realidad*. «El Señor desea dilatar su reino también por mediación de los fieles laicos; (...) deben ayudarse entre sí, también mediante las actividades seculares, para lograr una vida más santa. (...) Además, han de procurar sanear las estructuras y los ambientes del mundo (...) impregnarán de sentido moral la cultura y el trabajo humano» (LG 36), etc.

41. E. CORECCO, en «30 giorni» (enero 1987) 50.

42. Cfr. G. PHILIPS, *El misterio de la Iglesia...*, o.c., 48.

43. *Ibid.*, 51. Por otra parte, Philips, siguiendo LG 35b, compara la vida ordinaria de los laicos, a los sacramentos, que transmiten la gracia por medio de acciones; también por eso, señala, los laicos deben añadir, al ejemplo de su vida, la palabra (de modo análogo a como en los sacra-

c) Sobre la *función real*. Lo más importante de la realidad en la que participa el laico, interpreta Philips, no hay que buscarlo en el orden político, sino en el sacerdocio común de los cristianos (dominio de sí mismo, victoria sobre el pecado). Philips destaca también la doctrina del Concilio sobre la autonomía de las realidades terrenas. Ordenarlas a Dios es cometido, ordinariamente, de los laicos, que ponen así en juego su índole secular<sup>44</sup>.

### 3. *Novedad cristiana e índole secular*

La relación entre novedad cristiana, o si se quiere, situación en la que el bautismo introduce a la persona, e índole secular, es retomada por la Exhortación *Christifideles laici* en su número 15. Antes de analizar el texto, conviene hacer notar una diferencia de planteamiento respecto al texto correspondiente de *Lumen gentium*. En la Constitución dogmática, la índole secular se describe nada más comenzar el estudio de los laicos. Posteriormente, una vez dicho quiénes son los laicos y que el carácter secular les es propio y distintivo, se pasa a explicar su participación en el sacerdocio común y el culto (función sacerdotal, n. 34), en la función profética (n. 35) y en el servicio real (n. 36). En cambio, en la Exhortación *Christifideles laici*, la participación de los laicos en los tres oficios de Cristo se presenta como consecuencia lógica del bautismo y *antes* (n. 14) que la índole secular (n. 15).

No conocemos las razones de esta diferencia. Es probable que el interés —predominante durante el Sínodo de 1987— por subrayar la identidad cristiana en un mundo en el que avanza la secularización, haya hecho que la índole secular se presente detrás de la participación de los laicos en la misión. Por lo demás, no debe perderse de vista que en los dos números posteriores al 15 se trate aún dos cuestiones importantes: la llamada a la santidad, y, de nuevo aparte, la llamada a santificarse en el mundo. Tomada en conjunto, la perspectiva parece ser: una primera exposición de la dignidad y responsabilidad de todos los fieles bautizados, y una segunda exposición del *modo* en que estos cristianos (los laicos) han de comprender y vivir su vocación y misión.

En todo caso, parece conveniente realizar un análisis de los contenidos del n. 15, buscando ahí la inserción de la índole secular en el ser mismo del cristiano y no como algo añadido a sus funciones, junto con un examen del número anterior, 14, para ver qué papel ocupa la índole secular en la descrip-

mentos se unen los gestos y las palabras). Aún hay dos anotaciones más: sobre el riesgo de considerar los «ministerios» (de suplencia, colaboración, etc.) como ideal de la condición laical; sobre la necesidad de la ciencia religiosa y la sabiduría en el apostolado laical (cfr. *ibid.*, 52ss.).

44. Philips subraya algunas condiciones, entre las requeridas para esa tarea: capacidad técnica, humanización de la persona que trabaja, reparto equitativo de los bienes de la tierra; cristocentrismo; distinción (no separación) entre pertenencia a la Iglesia y actividades temporales; distinción entre laicidad y laicismo (cfr. *ibid.*, 60ss.).

ción de los *munera* de Cristo que los laicos participan. Demos, pues, esos dos pasos.

1. El texto de *Christifideles laici*, 15 comienza enlazando con la *novedad cristiana* como fundamento de la igualdad de todos los bautizados, y por tanto, de la corresponsabilidad de los laicos en la misión de la Iglesia. Inmediatamente añade algo importante: «Pe ro la común dignidad bautismal asume en el fiel laico *una modalidad que lo distingue, sin separarlo*, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El Concilio Vaticano II ha señalado esta modalidad en la índole secular»<sup>45</sup>, señala, citando *Lumen gentium* 31, y apunta que «es necesario profundizar el alcance teológico de la índole secular a la luz del designio salvífico de Dios y del misterio de la Iglesia».

A continuación explica la distinción entre la «dimensión secular» de la Iglesia<sup>46</sup>, que todos sus miembros participan, y las formas diversas de esa participación; entre ellas está la índole secular, modalidad «propia y peculiar» de los laicos<sup>47</sup>. En términos concretos alude a la descripción que el Concilio Vaticano II hacía de los laicos (LG 31). Interpreta que el Concilio considera ahí su condición no como un dato exterior y ambiental, sino como una realidad, subraya, *destinada a obtener en Jesucristo la plenitud de su significado*<sup>48</sup>.

El «mundo» (las realidades seculares: trabajo, familia, vida social, etc.) se convierte así —afirma la Exhortación— en *el ámbito y medio de la vocación cristiana de los fieles laicos*. Y de este modo —deduce— el ser y el actuar en el mundo son «para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial»<sup>49</sup>. En

45. Las cursivas están en el original.

46. Esta dimensión secular expresa la relación de salvación que la Iglesia tiene respecto del mundo, a la que es enviada para continuar la obra redentora de Jesucristo, que abarca la restauración de todo el orden temporal. Cfr. *Christifideles laici*, citado en adelante CL. Vid también AA 5.

47. Sobre la relación entre *dimensión secular* de la Iglesia e *índole secular* de los laicos como «modalidad» de la primera, vid. J.L. ILLANES, *La discusión teológica sobre la noción de laico*, 1990, a. c., reproducido en ID., *Laicado y sacerdocio*, 144-161 (vid. particularmente 154ss.); R. PELLITERO, *Sacerdotes seculares, hoy*, Madrid 1997, 105ss.

48. CL 15. Cfr. LG 48.

49. En términos similares se había expresado, entre otros, Mons. Álvaro del Po rtillo, en uno de los estudios más penetrantes sobre la doctrina conciliar acerca de la secularidad del laico: «la secularidad no es simplemente una nota ambiental o circunscriptiva, sino una nota positiva y propia mente teológica» (A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia*, Pamplona 1969, 201). Los *Línea - menta* preparatorios del Sínodo sobre los laicos declaraban: «El mismo Concilio presenta la inserción de los laicos en las realidades temporales y terrenas, o sea, su *secularidad*, no sólo como un dato sociológico, sino también y específicamente como un dato teológico y eclesial, como la modalidad característica según la cual viven la vocación cristiana» (cfr. n. 22); palabras que hacía suyas la ponencia sobre *El seglar en la Iglesia y en el mundo*, elaborada, con vistas al Sínodo, por la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar de la Conferencia Episcopal Española, en 1987. Por su parte, J.L. Illanes subrayaba, en ese mismo año, «el carácter positivo y teológico de la secularidad, sea en sentido amplio, sea en referencia concreta a la condición laical, es decir, no mera situación sociológica, sino vivencia del mundo y de las actividades y ocupaciones seculares en y desde la fe

este punto el texto resume la vocación de los laicos evocando la función de *realiza*: «buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (LG 31).

El documento recoge la proposición cuarta de los Padres sinodales, que contiene las ideas de los párrafos anteriores: «La índole secular del fiel laico no debe ser definida solamente en sentido sociológico, sino sobre todo en sentido teológico». Es decir: «El carácter secular debe ser entendido a la luz del acto creador y redentor de Dios». Y concluye con una expresión sintética, que retoma el comienzo del número y resume su desarrollo: «La *condición eclesial* de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su *novedad cristiana* y caracterizada por su *índole secular*»<sup>50</sup>.

Hasta aquí, el texto de *Christifideles laici*, 15. El enfoque, como puede colegirse, no es descriptivo o existencial, sino teológico. Si distingue esos dos pasos —novedad cristiana, índole secular— es para mostrar la prioridad ontológica que se instaura en el cristiano por el bautismo, y alejar así toda posible tendencia a comprender la figura del laico desde el dato meramente sociológico y con frecuencia descristianizador. La índole secular no es algo yuxtapuesto, sino que es la consecuencia teológica de haber recibido, en Cristo, el mundo creado como tarea que continúa la misión redentora de Cristo. Y todo ello *siendo* los laicos plenamente *Iglesia*.

2. El número anterior de *Christifideles laici* (n. 14) despliega, como ya señalamos, la participación de los cristianos, y también por tanto de los laicos, en el triple oficio de Cristo. Preside la consideración la referencia a la primera carta de San Pedro sobre el sacerdocio real y santo de los cristianos (1 Pe 2, 4-5)<sup>51</sup>.

La participación de los laicos en el *oficio sacerdotal* se expone con referencia a *Lumen gentium* 34, es decir, a todas las realidades seculares que ellos pueden y deben convertir en ofrendas espirituales, uniéndolas a la celebración eucarística. La participación en el *oficio profético* (el testimonio y el anuncio de la fe con las palabras y las obras) se remite, paralelamente, al resplandor del Evangelio a través de la vida cotidiana, familiar y social; por tanto —se cita expresamente—, «también a través de las estructuras de la vida secular» (LG 35). Por último, el *oficio de realeza* se sustenta sobre la lucha espiritual contra el pecado y el servicio a los hermanos, lo que es propio de todo cristiano; pero la

cristiana» (J.L. ILLANES, *La secularidad como elemento especificador de la condición laical*, 1987, reproducido en ID., *Laicado y sacerdocio, o. c.*, 117-137, cita en la p. 135).

50. CL 15, de nuevo remitiendo a LG 31. Subrayados en el original.

51. «...vosotros, cual piedras vivas, sois utilizados en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo (...) sois el linaje elegido, el sacerdocio real, la nación santa...». La Exhortación alude, con palabras de San Agustín, a la unción de Cristo y de la Iglesia (cfr. S. AGUSTÍN, *Enarr. In Ps XXVI*, II, 2). Al final de este número 14, la Exhortación subraya que los laicos participan en el triple oficio de Cristo *en cuanto miembros de la Iglesia*.



vocación de los laicos les lleva a «dar de nuevo a la creación todo su valor originario. Cuando mediante una actividad sostenida por la vida de la gracia, ordenan lo creado al verdadero bien del hombre, participan en el ejercicio de aquel poder, con el que Jesucristo Resucitado atrae así todas las cosas...» (cfr. Jn 12, 32). He aquí otra inequívoca alusión a la índole secular según *Lumen gentium* 31, sobre el transfondo de la realeza de Cristo.

### III. CONCLUSIÓN

En definitiva, *Christifideles laici* muestra, de modo implícito, su conciencia de una profunda unidad entre índole secular y participación en el *triple munus* de Cristo<sup>52</sup>. Cuanto ahí se dice está en la misma línea que esta afirmación de J.L. Illanes: «El concepto de laico implica, en suma, contemporánea e inseparablemente, tanto el bautismo como la plena y radical vivencia de lo secular, temporal o profano. Y esta realidad ha de ser colocada en primer plano en todo intento de reflexionar acerca de su figura o de su misión»<sup>53</sup>.

Retomemos finalmente la expresión de *Christifideles laici*, n. 15: «La *condición eclesial* de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su *novedad cristiana* y caracterizada por su *índole secular*». ¿Qué significa que la índole secular *caracterice* en los fieles laicos, su novedad cristiana?

Ese término, «caracterizar», se refiere, a nuestro juicio, a la cuestión de la sacramentalidad (en sentido amplio) de la Iglesia y de todo lo cristiano. En la «Cristología fundamental» del *Catecismo de la Iglesia Católica*, se apunta al fundamento de la sacramentalidad cristiana cuando se dice que Cristo es, en su humanidad, el «sacramento», «es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo»<sup>54</sup>. En ese mismo lugar se desarrolla la continuación «los rasgos comunes de los misterios de Jesús», declarando que toda la vida de Cristo es *Revelación* del Padre, misterio de *Redención* y misterio de *Recapitulación*<sup>55</sup>. En esa distribución puede verse una referencia al triple

52. También Juan Pablo II en sus catequesis sobre los laicos dedicó tres sesiones a la participación en los oficios o funciones de Cristo, *después* de tratar de la índole secular, en la misma perspectiva. Vid. sucesivamente 3. XI. 1993 (índole secular de los laicos), 15. XII. 1993 (función sacramental), 26. I. 1994 (función profética) y 9. II. 1994 (función real), en la misma línea. En el *Catecismo de la Iglesia Católica*, vid. nn. 898-913, que sigue de cerca la *Lumen gentium*.

53. J.L. ILLANES, *Misión laical, mundo, santidad*, 1986, a. c., reproducido en ID., *Laicado y sacerdocio*, 97-110; cita en la p. 98 (el subrayado es nuestro). En ese artículo el autor aludía al hecho de que la misión laical supone un nexo profundo entre creación y redención. Subrayaba que las consecuencias de esa perspectiva dogmática, en orden a la espiritualidad y la misión de la Iglesia y del cristiano en el mundo, fueron expresadas con nitidez por Josemaría Escrivá en muchas ocasiones, por ejemplo en su homilía «amar al mundo apasionadamente» pronunciada en Pamplona, el 8. X. 1967. Vid. J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo: en la historia de la espiritualidad*, Madrid 2001.

54. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 515.

55. Cfr. *ibid.*, respectivamente los nn. 516-518.

*munus* de Gristo<sup>56</sup>. Después se trata de *nuestra* comunión en los misterios de Jesús (que es nuestro modelo, y que es nuestra «vida», cfr. nn. 520s).

Es como si se dijera, leyendo de atrás adelante ese desarrollo: viviendo la vida *de Cristo* —no hay otra vida cristiana— y tratando de imitarle, los cristianos colaboran con las «energías» y oficios de Cristo, de modo que, *en Él* y en la Iglesia, llegan a ser como «sacramentos»: *signos* (todo signo es visible) e instrumentos de salvación para el mundo.

Pues bien, cuando esa «significación» se da desde dentro de las realidades seculares, estamos ante la índole secular como *característica*, en el sentido de signo visible propio y distintivo que marca como un sello, «caracteriza» la vida y el apostolado laical. Quien observa un fiel laico y convive con él, puede descubrir a Cristo en la vida ordinaria. Puede deducir: «Éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama»<sup>57</sup>.

Y así podemos concluir por nuestra parte, diciendo que la vida cristiana de los fieles laicos es, efectivamente, una llamada y una misión a participar de la *función profética, sacerdotal y real de Cristo*: llamada al testimonio de la fe cristiana, a la vida espiritual y sacramental que con la fe se corresponde, y al servicio propio de la fe viva, que conduce a transformar la historia con los criterios del Evangelio. Precisamente por su *índole secular*, la vida de los fieles laicos es, en la Iglesia y en el mundo, signo e instrumento de la salvación y de la recapitulación de lo creado.

56. *Vid.* n. 436.

57. S. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 122.